

palabra en la televisión gubernamental. Su emisión se llamaba «L'Evenement», y de ella surgió el título de lo que debía ser una nueva revista política. Falto de dinero, no pudo sostenerla, y ahora creyó que podría reaparecer. Pretendía apoyar a Pompidou «como un mal menor» («Poher, la peste. Pompidou, la escarlatina»). De

la vida política de Emmanuel d'Astier quedará poco. De su vida puramente literaria quedarán, sin duda, libros como «Stalin», «Siete veces siete días», «El verano no termina»... Libros escritos con un estilo cálido, brillante, lleno de sugerencias y de elegancias de lenguaje y expresivo, al mismo tiempo, de un espíritu independiente.

EL PRECIO DE LA SEGURIDAD

Prevención de accidentes

En el transcurso del primer Simposio nacional que sobre Protección y Prevención de riesgos industriales se ha desarrollado en Madrid, se han manejado una serie de cifras referidas a los accidentes industriales que, independientemente del capítulo de víctimas, suponen cuantiosas pérdidas a las economías de los países. Así, en el ramo reservado a los incendios, fueron aumentando año tras año en nuestro país durante el último quinquenio. Mientras en 1963 se contabilizaron 28.361, durante 1967 éstos se elevaron a 35.872. Las cifras son mucho más elocuentes —y, por supuesto, más alarmantes— si se considera el importe en pesetas que los daños han ocasionado. De este modo, se pasa de 623.640.000 pesetas, en 1963, a 1.134.640.000 pesetas, en 1967, cifra esta última que casi llega a duplicar la anterior en sólo cinco años.

Sin embargo, los siniestros ocurridos en el ramo de transportes tienden a disminuir: de 92.741 siniestros en 1963 se ha pasado a 74.859 en 1967. No obstante, el importe de daños ocasionados aumentó en una proporción más elocuente que en el ramo de incendios, puesto que de los 1.410.680.000 pesetas alcanzadas en 1963 se ha llegado, en 1967, a mil seiscientos millones. Las causas de este tipo de siniestros son de diversa naturaleza: corto circuito, defectos de maquinaria, inundaciones, causas desconocidas y, por supuesto, explosiones.

Resulta destacable que un setenta por ciento de los accidentes tuvo lugar en fábricas o almacenes de materiales y productos inflamables, laboratorios químicos, refinerías petrolíferas, fábricas de papel, almacenes de plásticos, depósitos de carburantes, etcétera. Fuera de nuestro país, el mayor número de siniestros correspondió a los países de mayor nivel de industrialización. En este sentido, Inglaterra, Bélgica, Estados Unidos y Francia se llevaron la palma a la hora de contabilizar accidentes industriales, países que, sin embargo, ofrecen los mayores índices de seguridad frente a los países escasamente desarrollados.

Resulta destacable que un setenta por ciento de los accidentes tuvo lugar en fábricas o almacenes de materiales y productos inflamables, laboratorios químicos, refinerías petrolíferas, fábricas de papel, almacenes de plásticos, depósitos de carburantes, etcétera. Fuera de nuestro país, el mayor número de siniestros correspondió a los países de mayor nivel de industrialización. En este sentido, Inglaterra, Bélgica, Estados Unidos y Francia se llevaron la palma a la hora de contabilizar accidentes industriales, países que, sin embargo, ofrecen los mayores índices de seguridad frente a los países escasamente desarrollados.

Estos dispositivos de seguridad suelen suponer fuertes inversiones por parte de las empresas y, en nuestro país, pocas son las que, estando en condiciones de hacerlo, realizan dichas inversiones. Las consecuencias suelen

reflejarse siempre en las primeras páginas de los periódicos... Todavía está reciente la catástrofe ocurrida en Ibi el pasado verano y, aunque obedeciera a otras razones, la más reciente todavía de Los Angeles de San Rafael.

ECONOMIA

Una sugerencia: «El día del trigo»

Uno de los mecanismos más ingeniosos de que se sirve el sistema económico para promocionar la venta de determinados productos consiste en reclamar la atención del consumidor en algunos días del año, previamente fijados y distanciados entre sí, de tal forma que no haya lugar para la indiferencia y el desánimo en la actividad consuntiva. Así, por ejemplo, en la presente semana se celebra el «Día del colegio», que viene a constituir un eficaz aliciente para la industria del juguete, la cual, tradicionalmente, a partir de diciembre y enero, experimenta importantes reducciones en su volumen de ventas. En el mismo sentido, el «Día de los enamorados» viene a salvar parcialmente la difícil situación y las apremiantes necesidades de numerario por las que atraviesan muchas entidades comerciales durante el mes de febrero, tan maltratado por las fluctuaciones de la coyuntura económica. Los estímulos de este tipo a otros diversos sectores industriales y comerciales son ampliamente conocidos, repartiéndose entre ellos instituciones, personas, afectos y relaciones de muy diversa naturaleza, pero que contribuyen todos a estimular, aunque sólo sea pasajeramente, la demanda.

En este contexto, pensamos que tendría sentido dedicar una fecha a promocionar el consumo de un producto tan esencial para la economía española —dadas las circunstancias presentes— como es el trigo. Con ello, además de evitar que la demanda de este producto sea sustituida por otros bienes —muchos de ellos de importación—, se rendiría un homenaje nacional a un producto que, durante tantos años, ha constituido la base fundamental de la alimentación de los españoles. Se completaría de esta forma también el conjunto de medidas y disposiciones de índole protectora y de subvención que enmarca la política agrícola con relación a este cereal.

Esta sugerencia, creemos, es aún mucho más constructiva si se considera que a los cuantiosos excedentes de trigo que vienen acumulándose durante las campañas de 1965, 66, 67 y 1968, se van a sumar muy pronto los de la

presente campaña, que prometen no desmerecer en absoluto a los de los años anteriores. Promocionando abiertamente el consumo de los excedentes de trigo —a que nos viene conduciendo la política del Ministerio de Agricultura, que ha demostrado no poder adaptar la producción a los niveles de consumo más reducidos que exige la demanda—, quizá se pudiera intentar una arriesgada operación de política económica, que consistiría, en términos generales, en modificar por Decreto la dieta alimenticia.

En cuanto a la fijación de este día, sería muy conveniente que respondiera a los problemas que estacionalmente se plantean con ocasión del almacenamiento de los excedentes: de los «stocks estratégicos» y de los que no lo son. Quizá ello indujera a la determinación no de una fecha única para todo el territorio nacional, sino de varias, atendiendo al momento en que estos problemas se plantean en las diversas regiones productoras de la España interior. Y así como se acostumbra a proceder con otros productos, sugerimos que en el «Día del trigo» se efectúe una reducción especial (de un 10%, como en la Feria del Libro) de los precios del mismo, con lo cual se conseguiría algo que no se ha podido alcanzar a través de ninguna otra medida. No obstante, primas especiales deberían establecerse para aquellos trigos con origen en terrenos de regadío de alta productividad y susceptibles de otros aprovechamientos más intensivos. Por último, no hace falta indicar que todo ello debería acompañarse, a través de los más modernos medios de comunicación de masas, con una intensa campaña publicitaria que promocionara la venta del producto, convenciendo al consumidor de sus indudables ventajas proteínicas.

Si esta sugerencia cobra cuerpo, y el experimento se lleva a cabo felizmente, sería conveniente ir elaborando los estudios previos de cara al establecimiento posterior, de acuerdo con las fechas libres en el calendario, del «Día de la cebada», producto del cual ya comienzan a acumularse, sistemáticamente, fuertes excedentes. ■ A. L. M.



EL CASO IBI. TREINTA Y SEIS MUERTOS

TEATRO

Cuando empieza a hablarse en España de los cafés-teatro

Hubo un tiempo en el que se consideraba «teatro» a una manifestación de límites precisos. Hablo de un tiempo relativamente próximo, en el que si bien la crisis de la sociedad burguesa —es decir, de sus principios— ya era obvia para una minoría, no tenía el carácter aceleradamente apocalíptico de nuestra hora. La mayor parte de esta burguesía vivía aún con un sentimiento de estabilidad. La vida ordenada por las generaciones anteriores era la suya, y ésa sería también

la vida de las generaciones sucesivas.

El teatro se inscribía en ese mundo como una distracción culta y de buen tono. Los locales teatrales eran, más o menos, iguales. Vestíbulo para fumar y charlar en el entreacto, salón-cillo y, dentro, sala a la italiana, con dorados, terciopelos rojos, una lámpara aparatosa y policromas alegorías en las paredes y en el telón. La escenografía era, más o menos, la misma siempre. Y los autores eran «de la casa», es decir, conocidos, de ideas